

*Colores del pasado frente a blanca modernidad. En este palacio toscano se produce un curioso cara a cara entre auténticos frescos del XVIII y rotundos iconos del diseño. Un potente contraste, elevado al rango de arte de vivir por la arquitecta Sabrina Bignami.*

RESTAURACIÓN

# Palazzo

# del siglo XXI

REPORTAJE Y TEXTO LAURENCE DOLGIER, FOTOS NICOLAS MITHELIS





Cerca de la entrada, un ventanal da paso a la terraza, donde el hormigón enmarca un suelo de teca que acoge una mesa pintada de blanco y sillas Panton. Abierto también a este patio, el comedor principal mezcla los estilos dentro de un cara a cara entre sillas Tulip, mesa Saarinen, de Knoll, y frescos de principios del XIX. Vajilla y jarras de Seletti, y vasos antiguos del mercadillo de Varves.



Prato, siete de la mañana. Sobre los antiguos adoquines de la piazza del Duomo, el eco de los altos tacones de la peripuesta arquitecta Sabrina Bignami resuena sobre las fachadas aún azules de la noche. Italiana de pies a cabeza, la bella tiene el aire de una modelo salida de una revista de moda. Sus pasos son seguros. Se conoce de memoria la ciudad. Ella nació aquí, es su país. Aquí, la atracción es inmediata. ¿La primera impresión será la buena? Hay que descubrir la ciudad en su centro histórico bajo la mirada de su patrimonio arquitectónico. Encerrada por murallas y un imponente castillo construidos entre los siglos VII y XII, la ciudad desvela innumerables tesoros. Vecina de Florencia -apenas veinte kilómetros las separan- uno se pierde en un laberinto de minúsculas callejuelas y plazoletas de colores gastados por el tiempo. Cuna textil desde la Edad Media, su poder económico aparece todavía a través de auténticos palazzi, edificadas por los ricos comerciantes de telas preciosas. Vestigios de una época pasada, estos palacios han permanecido durante largo tiempo en manos de las grandes familias de la ciudad. Pero la rueda gira y estas nobles viviendas encuentran hoy renacimiento junto a nuevos conquistadores. Fue en uno de estos palacios donde la arquitecta Sabrina Bignami puso el ojo en 2003, sucumbiendo a las ondas históricas del lugar. Levantado en el siglo XII a escasos metros del Duomo, el palazzo Orlandi se extendía entonces en dos niveles con acondicionamientos austeros, monacales. Sin cuarto de baño, gas, ni calefacción, mostraba sin embargo volúmenes excepcionales y frescos en parte recubiertos, que dejaban presagiar su esplendor oculto. Empezó por persuadir a dos amigos para que adquirieran el nivel superior y ella se quedó el primer piso, ¡nobleza obliga! Catalogado por el municipio, el edificio no debía sufrir cambios y su rehabilitación estaba sometida a las más estrictas exigencias. Etapa crucial de esta restauración: los frescos. Dañados u ocultos bajo capas de pintura, estas maravillas delicadamente ejecutadas a fines del XVIII por Luigi Catani -célebre pintor de Prato- son







Impecablemente restaurados, los frescos de finales del XVIII del inmenso salón dialogan con un canapé modular de cuatro elementos, de Living Divani. Lámparas de 1965, en vidrio y acero, de I.Guzzini, y escultura de Lorenzo Mattoli.





Diseñada por Sabrina Bignami, la cocina asocia el suelo de baldosas de cemento y los frescos de tonos delicados con una encimera de Corian y acero inoxidable.

Espejo vintage, de Fricando, en Bolonia; lámpara de Solzi Luce; placa eléctrica, de Foster para Binova, y latas de conserva en cerámica, de Seletti.





En el ala oeste del palacio, habitación de invitados con mezclas en grises y azules antiguos. Los estilos se mezclan con elegancia: suelo de mosaico hidráulico de principios del XIX, lámparas de cabecera años 70 y cabecero de cama en madera trabajada pintada en blanco. Sábanas de lino Glaciar, de Caravana Chambre 19, y viejo baúl de viaje, de Ericando, en Bolognia





En las habitaciones o en los cuartos de baño, los frescos restaurados marcan las épocas. Estilo XVIII en tonos rosa, azul y verde para la habitación de invitados (lámpara de techo a medida, de Soprattutto Paralumi). Verde suave y estilo imperio para la habitación principal. Y para el cuarto de baño, las cuatro estaciones alrededor de una bañera ultramoderna, de Kaldewei. Sábanas de lino Safena de color malva, de Caravana Chambre 19.

decapadas, limpiadas y coloreadas de nuevo. Cada pieza vuelve a encontrar así su atavío de antaño. Por lo demás, Sabrina Bignami ha conservado los materiales de origen. Se limpian los suelos de baldosines hexagonales o de baldosas de cemento, colocados durante la anterior renovación de principios del siglo XX. Puertas y ventanas se consolidan. Para no alterar los vestigios restaurados, ninguna fisura en la pared: la electricidad se instala a la vista, con un hilo grueso de algodón en trenza y con enchufes de cerámica antigua. Después de tres años de trabajos delicados, la arquitecta toma por fin posesión de su palacio. Una vez superada la monumental escalinata de piedra, se penetra en un universo repleto de contrastes en el que los frescos y el diseño juegan una carta a cara realmente atrevido. Concebida en dos polos orientados al este y al oeste, la vivienda se divide según el ritmo de la jornada. Lado oeste: la entrada se sumerge en un patio exterior alrededor del cual se articulan las habitaciones en hilera. A la izquierda, un comedor asocia muebles años 60 a misteriosos frescos de negro carbón. Después viene la cocina, hecha a medida en Corian y acero inoxidable, en un estilo ultracontemporáneo apenas desuado por un aparador en madera sin pulir. Más lejos, una habitación de invitados y su cuarto de baño en tonos grises polvo. En la parte derecha, Sabrina Bignami ha imaginado un cuarto de baño donde la modernidad de una inmensa bañera en bloque de Corian acentúa la delicadeza de los frescos de ambiente campestre. Junto a este lugar de bienestar, una habitación de colores primaverales se abre también al patio. En éste, amueblado con una larga mesa campestre pintada en blanco y sillas Panton, se degustan agradables comidas al atardecer. Lado este: la arquitecta ha sacado el máximo partido a los volúmenes. Con cinco metros de altura bajo el techo, salón, despacho y habitación principal se despliegan sobre más de 500 metros cuadrados. Combinando los frescos neoclásicos de finales del XVIII con un mobiliario siglo XX, Sabrina Bignami reafirma su gusto por los contrastes entre los siglos y por el choque entre el blanco óptico y los colores sutiles.

*DIRECCIONES EN PÁGINAS FINALES.*

